



Hablar hoy de libertad es adentrarse en uno de los conceptos más utilizados... y, sin embargo, más malentendidos de nuestro tiempo. Se invoca la libertad para justificar decisiones, estilos de vida e incluso leyes; pero pocas veces se reflexiona seriamente sobre qué es realmente ser libre. Desde la perspectiva de la tradición católica, la libertad no es hacer lo que uno quiere sin límites, sino **la capacidad de elegir el bien con responsabilidad, orientados a la verdad y al amor.**

En este contexto, la justicia —virtud cardinal que consiste en dar a cada uno lo que le corresponde— no puede existir sin una libertad bien entendida. Porque solo un hombre libre puede ser justo, y solo quien busca la justicia es verdaderamente libre.

Como enseña la Sagrada Escritura:

▮ *“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8,32).*

Este artículo pretende iluminar, desde un enfoque teológico y pastoral, el profundo vínculo entre libertad y justicia, abordando sus dimensiones esenciales y ofreciendo claves concretas para vivirlas en el mundo actual.

---

## a) Libertad: el don que nos hace verdaderamente humanos

Para que un acto sea auténticamente humano —y por tanto moralmente bueno o malo— debe ser realizado libremente. Esto no es un detalle menor: es el núcleo de la dignidad humana. Dios no nos ha creado como autómatas, sino como personas capaces de amar, y el amor solo es posible donde hay libertad.

La libertad es, por tanto, **la capacidad de obrar de una manera u otra**, de elegir entre distintas opciones. Pero esta definición, aunque correcta, se queda corta si no se completa con su orientación esencial.

La verdadera libertad:

- **Debe ajustarse a la verdad:** no toda elección es igualmente válida; la libertad no



crea la verdad, sino que la reconoce.

- **Debe escoger siempre lo mejor:** no basta con elegir; hay que elegir bien.
- **Requiere orden en el uso de las cosas:** el desorden interior esclaviza, aunque externamente parezca libertad.

Desde la teología moral, la libertad no es un fin en sí misma, sino un medio para alcanzar el bien supremo: Dios. Por eso, cuanto más se orienta la libertad hacia el bien, más crece; y cuanto más se aparta, más se debilita.

San Pablo lo expresa con claridad:

*“Habéis sido llamados a la libertad; pero no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes bien, servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5,13).*

---

## b) Fin y medios: la coherencia que exige la justicia

Toda acción humana tiene un fin. Nadie actúa sin motivo. Sin embargo, no basta con tener una buena intención: también es necesario que los medios empleados sean rectos.

Aquí encontramos uno de los errores más frecuentes en la mentalidad contemporánea: **pensar que el fin justifica los medios**. Esta idea, profundamente contraria a la moral cristiana, destruye la justicia desde su raíz.

- **El fin** es la intención: aquello que buscamos.
- **Los medios** son los caminos que utilizamos para lograrlo.

Una acción será moralmente buena solo si **ambos —fin y medios— son buenos**.

No se puede hacer el mal para conseguir un bien. No se puede mentir para ayudar, ni engañar para lograr justicia. Porque el mal, aunque parezca útil a corto plazo, corrompe el corazón y destruye la verdadera libertad.

La justicia exige coherencia: no solo querer lo correcto, sino hacerlo correctamente.



## c) Libertinaje: cuando la libertad se convierte en esclavitud

El mayor enemigo de la libertad no es la ley, sino su deformación: el libertinaje.

El libertinaje consiste en **usar mal la libertad**, es decir, elegir el mal creyendo que eso nos hace más libres. Pero ocurre exactamente lo contrario: el pecado no libera, esclaviza.

Jesucristo lo advierte con fuerza:

┆ *“Todo el que comete pecado es esclavo del pecado” (Juan 8,34).*

El mal uso de la libertad produce:

- **Imperfecciones:** errores, torpezas, decisiones precipitadas.
- **Vicios:** hábitos negativos que se arraigan y condicionan nuestra conducta.

La experiencia humana confirma una verdad espiritual profunda: **cada elección deja huella**. Elegir el bien fortalece la libertad; elegir el mal la debilita.

La tradición ascética señala que sanar un vicio requiere tiempo, esfuerzo y gracia. No basta con querer cambiar: hay que perseverar en el bien. Por eso, se dice que por cada año de desorden, pueden necesitarse varios de virtud contraria para restaurar el alma.

---

## d) Conocimiento: la luz que guía la libertad

No puede haber libertad plena sin conocimiento. Para que un acto sea verdaderamente libre, es necesario **saber lo que se está haciendo**.

El conocimiento es función de la inteligencia, y cumple dos tareas esenciales:

- **Nos informa de lo que hacemos.**



- **Nos muestra las consecuencias posibles** (pros y contras).

Sin conocimiento, la libertad se vuelve ciega. Y una libertad ciega no es plenamente humana.

Aquí entra en juego la formación de la conciencia, tan necesaria hoy. Vivimos en una cultura saturada de información, pero pobre en sabiduría. Se confunde opinión con verdad, emoción con criterio, impulso con decisión.

Por eso, el cristiano está llamado a formar su inteligencia:

- Meditando la Palabra de Dios
- Conociendo la enseñanza de la Iglesia
- Buscando la verdad con humildad

Solo así la libertad podrá orientarse correctamente hacia el bien.

---

## **e) Consentimiento: el sí interior que define nuestra vida**

Una vez que la inteligencia conoce, entra en juego la voluntad. Y aquí aparece el consentimiento.

El consentimiento es **la aceptación libre de lo que se conoce**. Es el acto por el cual la persona dice: “sí, quiero esto”, asumiendo sus consecuencias.

Este elemento es fundamental en la moral católica, porque determina el grado de responsabilidad de nuestros actos.

El consentimiento implica:

- **Aceptar las consecuencias de lo que hacemos**
- **Asumir nuestra implicación personal**

No basta con saber lo que está bien o mal. Es necesario quererlo. La santidad no consiste solo en conocer la verdad, sino en adherirse a ella con toda el alma.

Aquí se juega la autenticidad de la libertad: en ese acto interior, silencioso, donde decidimos



quién queremos ser.

---

## **Conclusión: la libertad que conduce a la justicia y a la plenitud**

La libertad no es un poder arbitrario, sino un don orientado al bien. No es independencia absoluta, sino capacidad de amar con responsabilidad.

Cuando la libertad se une a la verdad, nace la justicia. Cuando se separa de ella, aparece el desorden.

Hoy más que nunca, el mundo necesita redescubrir esta verdad: **no somos más libres cuando hacemos lo que queremos, sino cuando queremos lo que es bueno.**

La auténtica libertad no consiste en elegir entre el bien y el mal, sino en **ser capaces de elegir siempre el bien**, incluso cuando cuesta.

Porque solo esa libertad construye, sana, eleva... y conduce a Dios.

Y al final, esa es la mayor justicia: vivir conforme al designio divino, dando a Dios lo que es de Dios y al prójimo lo que le corresponde.

Que nuestra libertad no sea una excusa para el egoísmo, sino un camino hacia la santidad. Porque solo el hombre verdaderamente libre puede ser verdaderamente justo... y verdaderamente feliz.